

¡Adiós, verano!

Niebla y lluvias a finales de Agosto precipitan la agonía del Estío. Cuando en el mercado aparecen las primeras setas y cuando se hace preciso añadir ropa a la cama, los señores veraneantes consideran que ha llegado el momento de reintegrarse a sus ocupaciones habituales. Entonces se deciden a librar la última batalla en pro de la conquista de un asiento en el autobús y más tarde uno en el tren. En casos semejantes, sí, Sr. d'Andraitx que se advierte claramente el ocaso de la galantería. No diré yo que si se trata de una jovencita agraciada, atractiva y simpática, no pueda desmentirse mi anterior aserto; pero... La galantería se ha convertido en la aristócrata de las virtudes sociales, y ya se sabe que en toda aristocracia suelen distinguirse dos grupos: uno con lo de rancio abolengo; otro con lo adventicio. Pues bien: en cuanto al primer aspecto y en la aristocracia espiritual, se da la galantería a la antigua usanza, estilo sinfonía; y en cuanto al segundo, se da la forma modernizada, estilo «bugui-bugui».

Como iba diciendo, se nos desangra el Verano. Regularmente, se sirve el cadáver como plato fuerte en la Fiesta Mayor de Castillo de Aro. En la venturosa «Edad del corcho dorado», cuentan las crónicas que se rendía al Estío una despedida apoteósica. Este año se va triste y cariacontecido. En una entrevista que nos ha concedido, nos ha dicho con voz velada por las neblinas:

—Mucha desnudez, mucho desparramo; pero a mí no se me ha agasajado como en años anteriores. Sin travesía a nado del puerto, sin festivales náuticos, sin concurso de sardanas, sin otros festejos que ya consideraba incluidos en mi protocolo. ¿cómo quieren que me vaya feliz?

—Los tiempos son muy malos y los jóvenes piensan en otras cosas.

—Todo el mundo dice esto de los tiempos; pero nadie hace nada para remediarlos.

Unos lustros atrás, Spengler me alarmó pero no me quitó el sueño. Hoy día me temo que en muchos aspectos quizá tenga razón.—Los humanos os complacéis en vivir una vida falsa y espectacular. Para ello recurrís a la extravagancia, a la ridiculez, al escándalo. Y todo ¿por qué? Qui-

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 7 SEPTIEMBRE DE 1950

UTOPIAS FIRMADAS

7 DIAS Don Eugenio d'Ors confiesa haber firmado un manifiesto en el que un grupo de intelectuales suplica, en nombre de la Humanidad, que se declare fuera de las leyes de la guerra el uso de las armas atómicas. A seguido hace una serie de reflexiones acerca de la licitud o ilicitud de la llamada guerra total, y concluye haciendo gala de lo que Haldane llamó *patriarcalismo*.

¡Sorprendente ingenuidad, superior a la de un americano de antes de Pearl Harbour! Hablar a estas alturas de la ilicitud de la guerra total son ganas de teorizar porque sí. ¿De modo que hay que suprimir la bomba atómica? ¿Y, ante quién apelaremos si un eventual enemigo nuestro envenena las aguas de nuestros centros de población, o simplemente elimina partidos judiciales con bombas de H? ¿Dónde está el organismo internacional con fuerza suficiente para detener el torvo impulso de las fuerzas del mal sea cual fuere su color? En ninguna parte. ¿A quién se apela, pues? ¿A la conciencia de los gobiernos? Se apela entonces, a una entelequia. ¿A la conciencia de la humanidad? Se apela a un fantasma en vías de desarrollo.

¿Por qué se hablará tanto de evitar algo que no podemos detener? Cuál sea el destino del mundo es algo imprevisible. Un insensato orgullo hace suponer a cada quisquis centro del Universo. Y sin embargo, no somos más que ínfimos granitos de polvo

zás en el fondo tenga la culpa el Miedo: miedo al anonimato; miedo a la decadencia física; miedo al futuro plomizo; miedo a la propia conciencia; miedo a la soledad. Porque todo os suena a eco, en lugar de llenar el vacío que lo produce optais por ignorarlo y pretendéis huir de vosotros mismos. Con ello no conjurais el peligro; el mal subsiste y avanza con amenazas de tumor maligno. Es inútil que pretendais asaltar en el presente el espejismo de la felicidad; ésta tiene raíces mucho más hondas. Hoy se vive más intensamente, no cabe duda; pero se envejece más pronto. He aquí que rapazuelos de dieciséis años

caídos en una ciénaga agitada por toda suerte de vientos huracanados. Estos pueden aumentar su violencia hasta aniquilarnos. La Historia se hace con nosotros y pese a nosotros.

¿Báscula el mundo? ¿Caerá Asia sobre Occidente? ¿Se generalizará determinada estructura política para todos los pueblos de la Tierra? Las preguntas pueden centuplicarse y para todas cabe presentar una respuesta aterradora: Quizá. ¿Qué hacer para que lo peor no ocurra? Amigos míos, este no es excesivo. Si no podemos frenar muchas veces aquello mismo que nosotros desencadenamos. ¿Cómo vamos a pretender que el dedo de la Providencia se repliegue?

Lo que se fragua o tiene lugar lentamente terminará de cristalizar, de acuerdo con una ordenación superior en la que es preciso creer. Y si las bombas H. se almacenan en depósitos ocultos y mañana no se usan no será porque D. Eugenio y sus respetables compañeros cultivadores del espíritu lo hayan pedido: será por miedo a las bombas del rival, o a otra arma secreta.

No predico fatalismos. El espíritu de cada cual en sus relaciones con el prójimo debe mantenerse en alto, como una bandera. Pero el rumbo del mundo no lo cambiaremos con palabras. Porque los últimos estruendos le han tapado los oídos. Y ya no rueda según una velocidad, sino de acuerdo con una ferocidad.

J. V. A.

no tienen nada que aprender de la vida a no ser los zarpazos que les reserva el futuro.

—Sí, pero pretender detener la marcha fatal de la sociedad es como ponerse frente a una locomotora para avisar al maquinista que unos metros más abajo hay un desprendimiento de terreno.

—La obligación de todo hombre consciente es ponerse a la vera de los railes con la banderola del peligro en la mano aunque corra el riesgo de ser salpicado por el agua hirviendo o ser arrastrado por la corriente de aire. En el tren viajan vuestros hijos.

ESPLAY

Triste confusiónismo

No ha mucho sostenía en mis manos y admiraba, un objeto de orfebrería bastante antiguo que es una verdadera obra de arte. Un objeto en forma de copa, de un metal duro a juzgar por su pesadez. En su base ya se encuentran unos trabajos repujados que son un encanto y así continua por todo el pedestal. Pero donde llega a un verdadero alarde de maestría es en lo que forma la copa. No tiene la profundidad de éstas, porque no hay caso para ello, sino que su objeto es poder mostrar una obra de arte y así pues, en una superficie un poco cóncava el artífice de aquella maravilla nos muestra la caza de un jabalí tal como debiera ser antaño. Y todo este magnífico trabajo, repujado de metal sobre el mismo, no sobresale más que unos cuantos centímetros, poniendo en él los más nimios detalles. En primer término, dos o tres jinetes que, lanzas en mano, acosan al jabalí, junto con una jauría de perros; más a segundo término, otro jinete, que se acerca, pero ya perdiéndose de vista, otro jinete pequeñito por su lejanía, que corre a reunirse a los demás. El bosque, frondoso a primer término, va esfumándose a lo lejos, con un castillo medio derruido apenas perceptible también por su gran distancia, amén de dos o tres aves que se pierden en la altura y el fondo. Así va siendo esta maravilla, hasta que uno deja de contemplarla con la idea de que lo volverá a hacer otra vez, para descubrir en ella nuevos motivos.

Y cuando aun se está bajo la influencia de aquella contemplación, el pensamiento retrocede y se pregunta: ¿qué manos manipularían toda aquella obra maestra? ¿Qué ser humano fué el que creara aquel alarde de arte y constancia y bajo qué influencia ejecutara su trabajo?

Señores, no sería con la influencia de estos tiempos, que como comentaba muy bien nuestro buen amigo J. V. A. en este mismo periódico, podríamos llamar a este siglo el de la prisa: De unos tiempos en que el hombre va sumergiéndose en el torbellino de las masas, como lo demuestra el éxodo que de muchos años para acá se va produciendo hacia las grandes capitales, poco puede esperarse. Como también poco puede esperarse del hombre, cuando hasta en el templo, baluarte del orden, la fe y la decencia, se lleva prisa para entrar y más para salir.

Vivimos aprisa y ¿por qué? Quizás se contestará que porque así ha de ser o nos veríamos arrastrados por este torbellino y pereceríamos. Ah! pero es que así va siendo; ya perecemos. Con nuestras prisas, no nos detenemos ni un momento para mirar de donde venimos, pero tampoco sabemos decir a donde vamos.